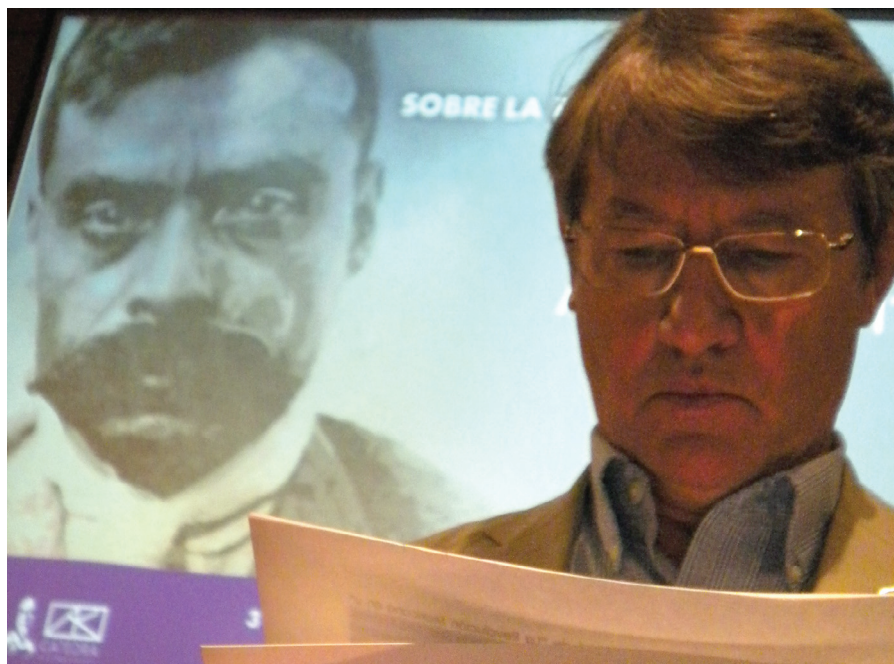


ALAN KNIGHT



“No estamos en una situación revolucionaria ni prerevolucionaria”

Sobre aspectos relacionados al quehacer del historiador y a la perdurabilidad del movimiento armado, el investigador británico contestó algunas preguntas en ocasión a su participación en el ciclo de conferencias magistrales “Nuevas perspectivas sobre la Revolución Mexicana 1910-1940”, organizada por la Cátedra Alfonso Reyes del ITESM y el Museo del Noreste (MUNE).

Edmundo Derbez
García

Texto y fotos

Para Alan Knight, profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Oxford, la historia puede avanzar poco a poco al considerarse todas las posibles interpretaciones sin incurrir en juicios morales, tratando de entender cada caso desde una óptica comparativa, racional y científica.

Es realizando ciertas comparaciones con otros casos como las revoluciones rusa, china y francesa –que ha estudiado en menor

medida—, como Knight ha efectuado el abordaje de la Revolución Mexicana. Antes de ocuparse del país, había trabajado historia en general e historia de la política moderna de América Latina en particular. Son obras suyas *The Mexican Revolution* (1986), *US-Mexican relations* (1987), *The Mexican petroleum industry in the twentieth Century* (1992) y *México* (1992), parte de una historia general que prepara el autor.

Su interés en el análisis de los movimientos campesinos y las revoluciones sociales en la región le han permitido sostener el carácter revolucionario de la Revolución Mexicana contra la corriente revisionista y negacionista que enfatizan el hecho de que no fue, como el discurso oficial decía, ni popular ni progresista ni agraria.

A su modo de ver, en cuanto al derrocamiento del antiguo régimen, la trayectoria social y política, el fuerte apoyo popular, a veces por razones agrarias en otras por razones políticas, las importantes diferencias regionales; la Revolución Mexicana representa un cambio radical en la historia del país.

Aunque son evidentes ciertos rasgos marxistas en su análisis, como los hay en muchos historiadores de su generación formados en los años sesenta y setenta, no se considera marxista ni cree en la existencia de leyes de la historia. Es atraído por ella en el sentido científico, al permitir la formulación de hipótesis y explicaciones racionales conforme a datos empíricos y, por otro lado, por las posibilidades narrativas.

¿Por qué es importante revindicar el carácter revolucionario de la Revolución Mexicana?

La Revolución Mexicana sí pertenece a la categoría de las grandes revoluciones sociales del mundo, puede compararse con la francesa, rusa y china; dentro de la historiografía es importante enfatizar eso porque ha habido ciertas corrientes revisionistas —como se llaman dentro del gremio de historiadores— que tratan de negar esta categoría, diciendo que la Revolución Mexicana no fue tan grande; fue una rebelión, fue un caos muy violento, que no tenía metas revolucionarias importantes ni logros revolucionarios. A mi manera de ver, esta es una reacción muy comprensible contra la antigua ortodoxia del régimen priísta, donde la revolución fue popular, progresista y buena. Realmente ese fue un mito que muchos historiadores han tratado con mucha razón de desmitificar, pero a veces han ido demasiado lejos descalificándola como revolución que, para mí en

términos históricos y comparativos, es un error. Yo veo a la Revolución Mexicana en cuanto a su trayectoria y además en sus resultados como una revolución comparable con otras de la historia del mundo. Eso no tiene que ver con la política sino con la historiografía de México.

¿Por qué se cae en ese error?

A veces es difícil saber por qué los historiadores dicen lo que dicen. Yo creo que comenzó —como mencioné— en un esfuerzo muy legítimo y comprensible para desmitificar la revolución hecha mito por el gobierno del PRI con toda la retórica oficial en donde todos los héroes revolucionarios formaron parte de la gran familia revolucionaria. Obviamente fue muy mitificada, pero además había otro afán muy lógico que era disgregar la revolución, en vez de ser una revolución nacional se ve cada vez más como un grupo de varias conmociones en las regiones. Pero este esfuerzo historiográfico



revisionista que tenía mucho sentido, para mí se fue demasiado lejos; eso pasa muchas veces en la historiografía, después hay una antítesis, la gente más joven quiere como matar a sus padres y a sus abuelos historiográficos, pero van demasiado lejos. Entonces mi idea es contrarrestar un poco esta tendencia. Yo creo que tiene que ver en parte con la declinación del PRI y del discurso oficial. Es muy lógico después del 68 y la crisis económica de los años ochenta que la gente quería cuestionar la revolución, pero hay que cuidar entre el cuestionar el régimen priísta y sus fallos y problemas y la revolución histórica. Para mí la revolución histórica es obra de una generación de entre 1910 hasta 1940; hablar de la revolución después de los cuarenta cuesta trabajo, entonces, no estoy hablando sobre el régimen del PRI que para mí es otra cosa, interesante también, pero no es la revolución. Lo importante es que para desmitificar el discurso oficial, los historiadores iban demasiado lejos echando la revolución como fenómeno histórico.

Habló de los resultados de la revolución, ¿cuáles pueden enunciarse?

Si buscamos en los años veinte y treinta, el periodo más constructivo de la revolución, sí hubo logros conforme las metas de gente como Obregón, Calles, Cárdenas y otros. Yo considero a estos caudillos de la Revolución Mexicana como líderes de mucha capacidad, convicciones y logros completos; hay críticos católicos o conservadores, incluso de la extrema izquierda, que dirían otra cosa, pero yo veo a estos caudillos de la Revolución Mexicana como gente bastante capaz. Para mí caudillo no es un término necesariamente peyorativo. La historia sugiere que para establecer un nuevo régimen, un régimen más o menos democrático, más progresivo, se necesitan líderes. Eso no quiere decir que todas sus metas fueran alcanzadas.

¿Cuáles son las metas de la revolución que no se cumplieron?

Voy a utilizar a individuos como ejemplo porque los grandes hombres son los motores de la historia. La visión democrática de Madero no se concretizó hasta después de muchos años. No tuvo éxito ni con el triunfo de la revolución, nunca armaron una democracia liberal con todos los requisitos de elecciones libres, prensa libre,

eso no quiere decir que no haya habido cambios políticos muy importantes: a habido una suerte de democratización al estilo populista con sindicatos y partidos, pero en los años veinte y treinta no había en México una democracia liberal al estilo de Madero, por eso la protesta de José Vasconcelos en 1929. Muchos años después, en la década de los noventa, México comenzó un proceso de democratización de manera que hoy en día puede decirse que ciertos requisitos de la democracia al estilo maderista han sido cumplidos. Por otro lado, para mí los ganadores de la revolución fueron más que nada los sonorenses como Obregón y Calles, que establecieron un Estado más fuerte y legítimo y así poder afianzar su régimen, su poder personal y llevar a cabo reformas importantes como la reforma laboral, la reforma agraria y la expropiación del petróleo. En ese sentido yo creo que estas gentes que trataron de armar un nuevo Estado fueron los ganadores y obviamente su trabajo fue muy duradero porque el PRI – aunque para mí el PRI es otro proyecto diferente– pudo aprovecharse durante todo su periodo del trabajo de esta generación anterior.

Aquí hay otra comparación histórica interesante, en el sentido de que no había un partido movilizado antes de la Revolución Mexicana, en ese sentido es muy diferente a la revolución china y a la revolución rusa, en donde había el Partido Comunista que luchó y conquistó el poder. En México el partido oficial nació como veinte años después, en ese sentido, la Revolución Mexicana fue bastante descentralizada; había líderes, dicho correctamente caudillos quizá, pero también hubo bastante movilización del campo, popular, gente más o menos anónima, y fue después de varios años de lucha que el partido hegemónico oficial se estableció.

Usted ha dicho que queda materia genética de la revolución dentro del cuerpo de México. ¿Qué es lo que queda?

Muchas veces, precisamente el año pasado cuando el centenario, ha habido un debate sobre si la Revolución Mexicana ha muerto, ya no existe. En cierto sentido sí, ha muerto porque es difícil hablar de la historia de México como una historia revolucionaria después de la década de los cuarenta; la generación revolucionaria se fue, la reforma agraria se estancó; en ese sentido, yo creo que la revolución como un fenómeno histórico realmente tiene que ver con un periodo de 30 años más o menos. Eso no quiere decir, sin embargo, que años después, en las décadas cincuenta y sesenta ya no hay nada de la revolución como en otros países, puede pensarse en Francia, donde la Revolución Francesa terminó con Napoleón y la restauración monárquica; pero en México todavía a través del siglo XX había como

tradiciones, una herencia revolucionaria. En este instante puede verse una suerte de materia genética, es decir, no es un régimen, no son políticas actuales pero hay memorias, hay ejemplos, hay héroes, hay ideas que surgieron con la revolución que pueden tener todavía cierta relevancia dependiendo de las circunstancias. No es mera casualidad, por ejemplo, que los zapatistas en Chiapas en los noventa tomaran el nombre de Zapata y la causa agraria, aunque en un contexto muy diferente, casi 100 años después.

Se puede ver la manera en que varios héroes de la revolución han adquirido una suerte de simbolismo: Zapata, como el héroe del agrarismo o; Cárdenas, como reformador social; el caso de Pancho Villa es un poco más difícil decir qué simboliza, porque hay varios

“Muchas veces, precisamente el año pasado cuando el centenario ha habido un debate sobre si la Revolución Mexicana ha muerto, ya no existe. En cierto sentido sí, ha muerto porque es difícil hablar de la historia de México como una historia revolucionaria después de la década de los cuarenta”.



aspectos, quizá sea la persona más polisémica, es decir, con muchas posibles interpretaciones. Estas ideas, imágenes, símbolos, héroes, cuentos, tradiciones están flotando en el aire y la cultura mexicana.

En este sentido hay, digamos, esta materia genética flotando en el cuerpo político mexicano que puede reactivarse y actuar dependiendo de las circunstancias actuales.

Yo creo que la idea de materia genética implica o quiere decir que hay en México ciertas tradiciones de pensamiento, de actuación, de activismo, de movilización política que tiene que ver con la revolución. Ya mencioné el caso de los zapatistas y también la corriente neocardenista. Lo importante a enfatizar, a mi modo de ver, es que la historia no se repite; los historiadores son los que se repiten constantemente, pero la historia no.

Si alguien invoca a Emiliano Zapata, a Lázaro Cárdenas, a la reforma agraria o a la expropiación petrolera, hay que reconocer que ya estamos en otra época, casi un siglo después. Estos pueden ser ejemplos, herencias, pero no son lecciones para el presente ni el futuro. Hay que entender la historia pero la idea de que la historia nos da señales muy claras para el futuro para mí es demasiado. La perspectiva del historiador es hacia el pasado, eso es suficientemente definitivo para captar sin pensar en el presente ni hablar del futuro.

¿Existe un paralelismo entre la violencia de la Revolución con la actual?

Tanto la violencia como la incertidumbre que se ve ahora en México son diferentes a la coyuntura de la Revolución. La violencia que tuvo lugar durante la revolución, primero la rebelión maderista de 1910, inicialmente bastante corta, limitada; después una revolución más fuerte y extensa con el carrancismo, el villismo y el zapatismo contra Huerta; fue una lucha política, con metas y manifiestos, con ciertos grupos con ideas bien definidas, a veces no tanto. La revolución es una larga trayectoria de luchas entre grupos, intereses, clases en las que hubo programas y visiones rivales, la visión de Zapata fue muy diferente a la visión de Madero. En la actualidad hay todavía diferencias políticas, hay partidos con visiones algo distintas, pero afortunadamente pueden más o menos conducir sus diferencias a través de campañas políticas electorales, entonces no estamos en una situación revolucionaria ni prerevolucionaria. Para mí, la violencia actual es una violencia diferente, no es una lucha política en el sentido de visiones y programas políticos opuestos. La violencia que se ve tiene que ver con cuestiones de crímenes, eso es algo diferente y obedece a otra lógica.

“Para mí, la violencia actual es una violencia diferente, no es una lucha política en el sentido de visiones y programas políticos opuestos. La violencia que se ve tiene que ver con cuestiones de crímenes, eso es algo diferente y obedece a otra lógica”.

En ese sentido, ¿Cuál es el papel de la violencia en la historia de México?

Es un tema interesante a través de los estereotipos de México como un país tan violento. A veces los mexicanos contribuyen a ese estereotipo. Hay estereotipos muy fuertes, muy arraigados, incluso hay algunos supuestos expertos que a mi modo de ver son totalmente erróneos. Hablan de la herencia de los emperadores aztecas, de la Colonia, de la Inquisición que da a México esta tradición violenta. Yo no acepto eso para nada porque si uno mira la historia de México en cuanto a olas de violencia, si hay con la Independencia, con la Revolución, pero también hay largos periodos de paz social y tranquilidad. Después de la Conquista española, que obviamente sí fue un fenómeno bastante violento, a fines del siglo XVI y hasta el XVIII, la colonia de la Nueva España fue una sociedad más o menos estable. En el siglo XIX y XX hubo olas de violencia pero después llegamos a la llamada paz priísta, no fue una paz totalmente orgánica y perfecta, pero en los años cincuenta y sesenta México no fue un país muy violento. Es importante evitar estos estereotipos, hay que ver los intereses, las coyunturas, las variadas formas de violencia que obedecen a diferentes lógicas; para mí es un gran error histórico, antropológico, sociológico tratar de asimilar eso a una suerte de herencia violenta que para mí es un mito total.

¿Cómo fue que se interesó por investigar la Revolución Mexicana?

Lamento que no tenga ninguna anécdota interesante. Siempre me ha apasionado la historia. Cuando comencé a estudiar la historia más a fondo como estudiante graduado, de doctorado, siempre tuve ganas de apartarme de Inglaterra y Europa para viajar. América Latina me atrajo en parte porque es más fácil aprender español que chino u otros idiomas más difíciles; y de causalidad gané una beca con el gobierno británico en el momento en que no había casi nadie en Inglaterra que supiera mucho de América Latina, entonces querían fomentar estos estudios. Teniendo una beca de tres años no decidí, sino que la providencia me dijo que iba a



estudiar eso. La decisión de estudiar México y la Revolución Mexicana fue un poco más racional en el sentido en que me interesó la manera en que la revolución quebró con el antiguo régimen y comencé estudiando particularmente las relaciones de México con Europa, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, para ver la manera en que las grandes potencias reaccionaron. Mi tesis de doctorado tuvo que ver con eso, pero decidí que mucho más importante que estas relaciones internacionales fue la dinámica interna de la revolución. Contra varios historiadores que enfatizan la intervención norteamericana y el papel de los gringos, la Revolución Mexicana fue un fenómeno principalmente de mexicanos: hecho en México si se quiere; y por tanto comencé a estudiar más eso y de ahí salió mi libro sobre la Revolución Mexicana. Realmente fue un poco al azar que comencé, pero creo que tuve buena suerte porque no he lamentado esta decisión, muchas decisiones en la vida pueden ser un poco aleatorias, pero en este caso resultó bastante bien.

¿En este tiempo se pueden descubrir aún cosas nuevas sobre la Revolución Mexicana?

Muy raras veces los historiadores encuentran cosas nuevas. Es decir, no es que uno entre al archivo un día y se encuentra algo novedoso, un documento que le dice que realmente Madero fue una mujer disfrazada o algo así; más bien es la acumulación de datos y muchos debates sobre la revolución tiene que ver con eso: en qué medida la revolución fue algo popular o de las élites. Obviamente no hay documento ni un solo caso que muestre uno ni otro: hay que acumular los datos: ¿fue el zapatismo un movimiento insólito o más bien, a mi modo de ver, típico de otros movimientos campesinos, quizá menos poderosos? Y hay muchos otros debates, por ejemplo, sobre la Cristiada, el conflicto entre Iglesia y Estado, la motivación del por qué y estos debates son cuestiones de matizaciones más que nada. Yo diría que algunas perspectivas mías son bastante tradicionales; el enfatizar que la revolución fue una revolución es un punto de vista bastante tradicional, pero a veces las



perspectivas tradicionales son correctas y es mejor correcto aunque sea tradicional que algo novedoso pero totalmente erróneo. A veces la búsqueda de la novedad es un error por parte del historiador.

¿Bajo qué premisas se debe abordar la historia?

¿En el sentido de teorías o conceptos previos?

Si, en esos sentidos.

Yo creo que todo historiador, cuando entra a su investigación ya sea de archivo o nada más viendo libros, tiene sus prejuicios, sus ideas, sus enfoques. Puede ser una teoría muy acabada como el marxismo. Yo creo que es mejor que el historiador tenga cierto escepticismo frente a las grandes teorías porque a veces pueden funcionar en un contexto y no en otros. El marxismo, la lucha de clases sí tiene una validez en ciertas áreas de la historia, en ciertas coyunturas y en otras no tanto. Puede explicar aspectos del zapatismo muy bien, pero pensando en la cristiada, en la rebelión Cristera, las interpretaciones marxistas no han servido mucho porque son demasiado dogmáticas. Más útil normalmente para el historiador, es tener lo que se llama hipótesis de mediano rango, es decir, entrar en la investigación no altamente teórico, con casi todas las preguntas y a veces las respuestas arregladas; más bien con una mente bastante abierta.

Por ejemplo, cuando comencé a estudiar la revolución, mencioné lo de las relaciones extranjeras. Yo pensé al principio que la intervención, la injerencia norteamericana, británica, alemana fue muy importante en la Revolución Mexicana, pero llegué a la conclusión de que ha sido muy exagerado tanto por extranjeros como por algunos mexicanos. Entonces decidí que es mucho más importante saber la lógica interna, la dinámica interna de la revolución en cuanto a la reforma agraria, demandas agrarias, luchas políticas. Entonces yo creo que hay que tener preguntas porque ningún historiador nada más entra al archivo y recibe pasivamente lo que los documentos dicen. Eso es falso, es un mito. Hay que tener preguntas, ¿por qué pasó así?, ¿quién hizo esto y por qué?, ¿cuál fue la motivación y cuál fue el resultado? Otra vez, es una situación de acumular datos; el documento revelador rara veces existe. En este sentido creo que los historiadores son bastante empíricos, se puede responder a los datos pero siempre con un diálogo; esta es la frase de Edward Thomsom, el gran historiador británico de la clase obrera. Un diálogo entre las preguntas, las ideas y los datos empíricos. Hay historiadores que entran con sus ideas más o menos fijas, piensan lo que van a encontrar en el archivo. A veces los archivos son tan amplios que pueden encontrar cualquier cosa, entonces es mejor estar más abierto a lo que los archivos te dicen, pero

“Yo creo que hay que tener preguntas porque ningún historiador nada más entra al archivo y recibe pasivamente lo que los documentos dicen. Eso es falso, es un mito. Hay que tener preguntas ¿por qué pasó así?, ¿quién hizo esto y por qué?”.

con preguntas, hay que establecer preguntar y ojalá llegue a tener ciertas respuestas también.

¿Cómo percibe el interés de los estudiantes de Inglaterra y Estados Unidos por la historia de México?

Sí hay un interés más que nada en Estados Unidos obviamente por la geografía y la presencia mexicana muy fuerte. Yo durante seis años daba clases en la Universidad de Texas en Austin, y 25 por ciento de los estudiantes tenían nombres de origen mexicano, eso no quiere decir que todos hablaran español, porque eran de segunda o tercera generación. En Inglaterra, por razones obvias, hay menos tradición pero sí hay ciertos centros donde tenemos estudiantes que tienen interés por la historia; mi especialidad es la historia moderna pero también hay algunos que se interesan en la época Colonial y Precolombina. Por último, diría también que aparte de la historia en sí, hay más interés, más afición en términos generales en aspectos culturales como la comida, el baile, el cine –las películas mexicanas despiertan mucho interés en Gran Bretaña–. Los jóvenes de la generación de mis hijos, por ejemplo, van a México, a América del Sur; tienen una experiencia personal y entonces quieren saber más de la historia de esta cultura muy rica. Sí hay un interés fuerte y se puede decir que en parte es un fenómeno de la globalización en la que todos vivimos.

¿Y en México existe ese interés?

Siempre hay un interés por la historia de México por los propios mexicanos. Uno podría pensar: es obvio pero hay sociedades amnésicas en donde la historia no tiene mucho interés y depende de la formación intelectual de las escuelas. Yo no puedo explicar el por qué, pero me llama la atención que cuando hay una charla, hay muchas preguntas, incluso no solamente de estudiantes, sino de gente más madura, gente que ha vivido su propia historia, que ha tenido la memoria de sus padres o de sus abuelos. Entonces yo creo que hay un fuerte sentido de la historia en México. A veces sí hay mitos, hay errores, sin embargo, un interés fuerte sin duda existe.